BECQUER P. MARROQUIN

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

FL DRPS FA/0641
0500767802

BECQUER,

EL POETA DEL AMOR Y DEL DOLOR...

OBRAS DE
PEDRO MARROQUIN Y AGUIRRE

Amor a España.—Méjico, 1911. Los beneficios de esta edición se destinaron a favor del Sanatorio Marítimo de Santa Clara, para niños escrofulosos y raquíticos, fundado en la playa de Chipiona (provincia de Cádiz).—Agotada.

Amor a España.—Segunda edición.—Madrid, 1919. Fueron dedicados los productos de esta obra a beneficio del Real Sanatorio Popular Antituberculoso Victoria Eugenia, de Valdelatas (provincia de Madrid).

Bécquer, el poeta del amor y del dolor. Edición cuyos productos se destinan a costear la lápida indicadora de la casa en que murió el poeta en Madrid.

EN PRENSA

Evocaciones Cervantinas: El dolor en la vida de Cervantes. Los productos de esta obra se dedicarán a la suscripción para el monumento a Cervantes en la plaza de España, de Madrid.

EN PREPARACION

Oro, Seda, Sangre y Sol.—Revistas de toros y artículos taurinos.

Lacras Hispano Americanas.

En Torno al Aniversario de la Muerte de Cervantes.

Crónicas teatrales.

La estirpe de Alfonso XIII al través de doce siglos.

BECQUER,

EL POETA DEL AMOR Y DEL DOLOR...

POR

PEDRO MARROQUIN Y AGUIRRE

CONFERENCIA LEÍDA EN LA UNIÓN IBERO AMERICANA EN LA NOCHE DEL 22 DE FEBRERO DE 1922

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

Russell P. Sebold
DONACIÓN

MADRID, MCMXXVII

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.

UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA
Nº COPIA.....

ES PROPIEDAD

Los productos de esta obra se destinan a costear la lápida que se ha de colocar en la casa núm. 23 de la calle Claudio Coello, de Madrid, en la que murió Bécquer.

En fervoroso tributo de
admiración y devoción a
Serafín y Joaquín Alvarez Quintero,
que con su ingenio, su generosidad
y patriotismo, tan gallardamente
enaltecieron la memoria de
Gustavo Adolfo Bécquer.

Me despertó muy temprano una mañana abrileña, hace ya algunos años, más que el regocijado piar de los pajarillos de la Plaza Nueva, la alegría, tantas veces soñada, de hallarme en Sevilla; el afán de verla llena de luz, bañada por los templados rayos de un sol de primavera. Abrí las ventanillas de mi cuarto. Por ellas se entró de rondón, impregnando de aromas la estancia, la brisa suave y tibia de la mañana. Por encima de los tejados y las torres se destacaba sobre el azul purísimo del cielo, la moruna Giralda, gallarda, airosa, altiva. Un rato largo la contemplé extasiado, mientras acariciaba mi frente aquella brisa que habían perfumado los olorosos árboles del paseo de las Delicias. Rumor de risas y de cantos llegaba a mis oídos y me alegraba el alma. El sueño se tornaba realidad...

Me eché a la calle prontamente. Los primores platerescos de las Casas Capitulares, atrayendo mi atención, detuvieron mi paso unos instantes; y cuando poco después, por una callecilla linda y

alegre, llegué hasta la Puerta del Perdón, y por ella pasé al Patio de los Naranjos, y finalmente entré a la famosa Catedral, de la que cuenta la tradición que dijo uno de los canónigos que acordaron erigirla: "hagámosla tal, que los que la vieren labrada nos tengan por locos", y recorrí sus hermosas y severas naves, y contemplé en la Capilla Real la urna del santo rey Don Fernando, y ví en el altar su espada, y me enseñaron en la cripta las tumbas de don Pedro el Justiciero y de doña María de Padilla, y vieron mis ojos, admirados, en la capilla de San Antonio, al santo de rodillas en su humilde celda, con aureola de resplandores divinos, y al niño Jesús bajando hasta él, rodeado de una gloria de ángeles, cuadro muy maravillosísimo de Murillo, bendije al cielo que tal merced como la de estar en Sevilla me había deparado.

Fuí asimismo al admirable Alcázar; y de allí a poco andar me encontré en la calle de las Sierpes, por la que de noche había pasado la víspera, al arribar a la Reina de Andalucía. Y lo mismo que de noche, la encontré risueña, alegre, alborozada en las primeras horas del día, que ya en la limpidez de la atmósfera mostraba que había de ser hermoso y sereno. Apenas si se podía dar un paso por la famosa calle; de los cafés, de las tiendas, de los estancos, salía un río de gente, con tal regocijo pintado en sus rostros, que pronto se echaba de ver que de fiesta era ese día para Sevilla. Ya había notado al discurrir alegremente por la ciudad andaluza que las mujeres llevaban flores en el peinado, lo mismo las mozas que las viejas, y así las chicas que aljofifaban pisos y paredes, como las señoritas que airosamente subían a sus carruajes, para llevar luz y alegría al Paseo hermoso de la Feria.

Trabajosamente salí a la Campana, y de allí a la Plaza del Duque. ¿La calle del Conde de Barajas? pregunté a la mocita salerosa y gentil que me vendió claveles dobles, claveles reventones, del tamaño de un plato. Con gracioso desenfado me dió las señas: por la calle de Trajano arriba, y luego había de dar vuelta a la izquierda.

Al llegar a esa calle, no tuve que preguntar cuál casa sería la que buscaba. La que vi más bonita, más coquetona y más elegante, ésa me pareció que había de ser. Y ésa fué. A la puerta, unas jacas finas, nerviosas, en cuyos lindos jaeces se adivinaba gusto flamenco, estaban enganchadas a un cochecillo ligero que aguardaba a sus señores.

Soné el timbre, y a favor de misterioso mecanismo se abrió la cancela y entré. El piso era de mármol, asimismo de mármol la escalera, y de azulejos de la Cartuja los frisos de las paredes. Pude advertir que la noticia de quién era el visitante causó en las gentes de la casa vivísima alegría. Subí, y los amos de ella, Antonio Fuentes y su bella esposa, me recibieron en la galería y me abrazaron cariñosamente.

Era la casa no muy grande, y en ella se advertían el rumbo, la esplendidez y la riqueza que en buena hora llevaron a su hogar la bizarría y el arte exquisito con que Antonio Fuentes, lidiando en los cosos reses bravas, logró el lugar primero entre los toreros de su tiempo.

Una gran fotografía, de tamaño natural, que representa al dueño de la casa en traje de luces, y que trajo de Méjico en recuerdo de aquella hermosa tierra en donde tantas simpatías y gloria conquistó, adornaba la escalera de mármol. Una de las preciosidades de la casa era el oratorio; en él tenía altar y trono la Virgen macarena de la Esperanza, rodeada de cuantos lujos y halagos puede ofrecer a la Madre de Dios la piedad del alma femenina. Allí había pasado la esposa de Fuentes horas llenas de ansiedad cruel; hasta allí había llegado muchas veces a interrumpirle sus rezos el esperado telegrama, mensajero del consuelo y del amparo que imploró a la Virgen en esas horas de angustia; allí, a los pies de la Reina del Cielo, había sentido, agradecida, trocarse en lágrimas de alegría los temores, las inquietudes en que vive la esposa del torero las horas que muchas veces son de gloria, pero otras son de sangre y de tragedia.

En el comedor de verano, que, como en todas las casas elegantes de Sevilla, estaba en la planta baja, era donde se conservaban recuerdos de la afición torera del dueño de la casa; allí ornaban las paredes y el techo, en artístico y caprichoso desorden, los más primorosos carteles de toros que habían salido de Valencia y Zaragoza. Sólo allí. El resto de la casa, convertida en palacio por sus dueños, era lujoso y elegante. Cuando hube visto la sala, y admirado los primores en ella acumulados con exquisito buen gusto, me llevó Fuentes al balcón de la calle y me dijo: "en esta casa nació Bécquer", a la vez que me enseñaba en la fachada la lápida que

reza que allí vino al mundo, en 17 de febrero del año 36 del pasado siglo, el excelso poeta.

—Porque vivo en ella—añadió Fuentes —, porque la he cuidado con esmero, porque me ha sido grato conservar en mi casa el recuerdo de Bécquer, me han llamado algunos el torero de las golondrinas...

Poco después, en el cochecillo ligero y alegre de jacas enjaezadas a la jerezana, que a la puerta aguardaba, me fuí al Prado de San Sebastián.

Aquella tarde, en la Plaza de Toros, durante la primera corrida de feria, conocí a Serafín y a Joaquín Alvarez Quintero...

Ensueños que la imaginación acaricia, fantasías que anidan en la mente, ilusiones nacidas a la luz de una mirada, todo eso que es vago anhelo de un ideal tras el que corremos en la vida, brotó en mi alma, al calor de la poesía que tienen las rimas de Bécquer, y al encanto de su prosa pulida y castiza. Bécquer es el poeta del amor. Pasó por el mundo, doliente y triste, enamorado de un vano fantasma de niebla y de luz, al que llamó amorosamente y que del poeta huyó. Lágrimas son sus versos, lágrimas que la tristeza del amor arrancó a su corazón, lágrimas que le henchían el alma de un amargo placer y le daban en su tristeza una alegría: la alegría de llorarlas, la alegría de saber, perdidas ya las ilusiones con cariño acariciadas, que aun le quedaban esas lágrimas.

Un sueño, un imposible, eso es lo que el poeta

amaba: una mujer a la que sorprende en sombría alameda iluminada por la luna, mujer hermosa que se aleja, que se pierde en el follaje y a la que sigue enamorado; y cuando llega al sitio en que se imaginó que iba a alcanzarla, mira que esa mujer que ya adoraba loco, era un rayo de luna que penetraba por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas. ¡Un rayo de luna! Bello símbolo del amor que encantó y a la par entristeció la vida suya. ¡Amor, amor es el dulcísimo aroma que perfuma las rimas de Bécquer! Amor cuando los invisibles átomos del aire en derredor suyo palpitan y se inflaman; amor cuando el poeta cree en Dios porque le miran unos ojos divinos de mujer; amor cuando suspira oculto entre las verdes hojas de las azules campanillas; amor cuando tiene miedo de quedarse con su dolor a solas; y amor cuando piensa que las obscuras golondrinas jugando llamarán con el ala a los cristales del balcón de una mujer, a la que adoró como se adora a Dios ante su altar... ¡Amor, siempre amor! Amor y tristeza, porque en las luchas del querer tocaron a la mujer amada lágrimas y risas, y al poeta sólo las lágrimas. Son las quejas que llora, cadencias que el aire dilata en las sombras; sabe que va a morir como la ola que en la playa llega silenciosa a expirar, porque en las entrañas siente la ancha herida mortal que la mujer ingrata le causó; y entonces piensa en el amor tan callado de la muerte y en el sueño del sepulcro tan tranquilo...

Los que leímos sus versos en esas horas en que la niñez desaparece, y alborea en el alma la juventud, semejante a la noche que huye cuando la aurora tiñe el cielo de esplendores, en sus versos aprendimos a sentir; en sus versos aprendimos a querer, y quizá a llorar al ver convertida en rayo de luna a la mujer que seguíamos y adorábamos.

Bécquer embelleció muchos de aquellos días en que mi espíritu, tímido e inquieto como el pajarillo que se dispone a abandonar por vez primera el nido y mira con ansiedad el espacio que va a surcar osado, comenzaba a adivinar los misterios que entraña la vida.

Y así, cuando llegué a Sevilla, y aspiré con voluptuosidad la fragancia de las madreselvas que corren por un hilo de balcón a balcón formando toldos de flores, y su sol de fuego deslumbró mis ojos al trasponer las verdes lomas sobre las que se asienta el convento de Aznalfarache, y encontré en cada calle una tradición y en cada plaza una leyenda, quise buscar en la alegre ciudad andaluza el recuerdo del poeta que imaginaba yo que habría dejado en ella el hechizo de sus versos, el aroma de su poesía. Fuí, en uno de mis paseos, al barrio de la Macarena. Por sus callejas estrechas, alegres y soleadas, vagué a la ventura, preguntando rumbos a las mozuelas y a los chicos que por allí encontré, más que por salir fácilmente de aquel pintoresco barrio, por oir los dicharachos y saborear el gracejo y el donaire de aquella salada y simpática gente. Por la puerta de la Macarena salí hacia el convento de San Jerónimo; allá, a la mitad del camino, dí con el cementerio. Enfrente, muy cerca, miré una casita que había sido blanca como el ampo

de la nieve, con su cubierta de tejas, rojizas las unas, verdinegras las otras, entre las cuales crecían un sin fin de jaramagos y matas de reseda. Era la Venta de los Gatos. Me pareció ruinosa, abandonada y triste. Allí, en ese ventorro y en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, Bécquer, sentado a una mesa en la que había algo que beber que pidió y no bebió, se puso a dibujar en un papel que sacó de la cartera el retrato de una mujer alta, delgada, levemente morena, con ojos adormidos, grandes y negros, y un pelo más negro que los ojos, la cual, en alegre jarana, entre una multitud de hombres y mujeres, que formaban grupos a cual más pintorescos y bulliciosos, allí se solazaba. Y en tanto que Bécquer delineaba el contorno de la mujer que le servía de modelo, los hombres en el ventorrillo reunidos, entre los cuales había uno que rasgaba la guitarra con mucho aire, entonaban cantares de amor, de celos y desdenes de las muchachas que aquel corro animaban y alegraban; cantares a los que a su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros. Aquel retrato fué a parar al mozo de la guitarra, que con encarecimiento le pidió, y con alabanzas andaluzas le ponderó, celebrando la suerte suya de haber encontrado un señorito templado y neto; y el poeta supo por el zagal que éste era hijo del ventero, y que aquella moza, la que había llevado la voz entre las mujeres, y componía las coplas y las decía acompañada de las palmas y las risas de sus compañeras, era Amparo, su prometida; y Bécquer entonces,

contagiado por la alegría del mozo, le despidió complacido con un apretón de manos, y le vió marcharse entonando un cantar cuyos ecos se dilataban en el silencio de la noche.

Cuando, después de algunos años de ausencia, regresó Bécquer a Sevilla y volvió al ventorro creyéndole tan alegre y animado como antaño, le encontró solo y triste; y allí vió al ventero acongojado y envejecido, y de sus labios oyó con pena el final trágico de aquella historia de amores. A Amparo, la niña que adoraba el mozo, se la habían llevado de la venta sus padres; y lejos de ella, al no ser ya su vida al aire libre, entre el bullicio y la animación del ventorrillo, se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas a un estrado. Por allí pasó su entierro; el zagal adivinó que la muerta era Amparo; siguió el ataúd, entró en el patio del cementerio, y al abrirse la caja dió un grito, cayó sin sentido en la tierra y se volvió loco.

Esta historia, que siempre me impresionó tiernamente, la recordé a la vista de aquella venta que desde la puerta del cementerio contemplaba. Entré en ella; quise pasar mi vista por aquellas paredes que fueron testigos de tanta dicha, y después de tal desolación; quise conocer la venta, donde había dejado el poeta tan vivas huellas de su paso. Entraron al mismo tiempo al ventorrillo unos hombres. Me parecían de figura siniestra y aspecto repugnante. Los tomé por sepultureros y no quise verlos. Salí de allí con tristeza, y a pocos pasos sonó clara, distintamente, allá arriba, en una de las

habitaciones de la venta, una voz que creí que sería la del pobre muchacho enloquecido de amor, que cantaba:

En el carro de los muertos
ha pasado por aquí.
¡Llevaba una mano fuera,
por ella la conocí...

¿Oí realmente ese cantar tan triste? No lo supe entonces, ni lo he sabido nunca; tampoco quise saber, temeroso de perder una ilusión, cuál sería esa que yo imaginé la venta de los Gatos. Volví la cara para verla por última vez; corría por mis mejillas una lágrima de sentimiento, semejante a las que muchas veces han brotado de mis ojos al recordar los días felices que viví en la Reina de Andalucía.

Regresé lentamente a la ciudad: aire tibio y perfumado mecía con suavidad las flores en sus tallos; el cielo era azul, sin nubes, y en él brillaba el sol esplendoroso y radiante Se me llenó el alma de alegría, de la alegría inmensa de vivir. Gozando dulcemente de los encantos de aquella hermosa y serena tarde de abril, iba pensando que ciertamente, mientras haya en el mundo primavera, habrá poesía.

En una reja, por entre cuyos hierros subían trepadoras las azules campanillas y la adornaban tiestos de albahacas y de rosas, una hermosa mujer—una flor más en el jardín que hechizaba la reja—charlaba amorosamente con su novio. Rumor de besos y batir de alas percibí en torno de la florida reja. ¡Es el amor que pasa!, me dije, adivinando

cómo se reflejaban en los ojos de la gentil enamorada los de su apuesto galán.

Llegué a orillas del Guadalquivir; cerca de allí soñó el poeta dormir eternamente a la sombra de un árbol, cuyas ramas copiara susurrando mansamente el río. No había por esos contornos, ni en toda Sevilla, ninguna piedra, mármol o bronce, que recordara la gloria del poeta que tan tiernamente cantó el amor... «En donde esté una piedra solitaria sin inscripción alguna, donde habite el olvido, allí estará mi tumba»... así escribió melancólicamente Bécquer, quizá presintiendo lo por venir...

No encontré en la ciudad que orgullosa puede gloriarse de haber sido su cuna, un monumento erigido a su memoria, ni hallé realizado a la vera del río el sueño del poeta.

Tan sólo en la casa del gran torero, del torero artista que llevaba en los gallardos movimientos de su capote la poesía del arte rudo, pero bello y bizarro, que tanto fascina y sugestiona, una inscripción en mármol movía los corazones y los excitaba al cariño y a la admiración por otro artista, el tierno artista del amor y la poesía...

No fué Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer, que tales fueron los nombres y apellidos del poeta, predilecto de los dioses, aunque sus ojos se cerraron para siempre cuando duraba aún el fulgor del relámpago que había alumbrado su cuna. De su vida afirmaba Narciso Campillo que

fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un mediodía espléndido y una serena y luminosa tarde. El mismo Bécquer, en verso, que es como únicamente sabía quejarse, decía sombríamente que su vida era un erial; que la flor que tocaba se deshojaba, y que en su camino fatal alguien iba sembrando el mal para que él lo recogiera.

Así fué, en verdad. Sus padres se le murieron cuando tenía cinco o seis años. Uno de sus parientes maternos le llevó al colegio de Pilotos de San Telmo, lo que pudo ser porque era huérfano y pobre, circunstancias precisas para ingresar en él. Pero el Estado suprimió el colegio y los colegiales se quedaron sin amparo y sin instrucción.

A Gustavo, que llegaba ya a los once años, le recogió su madrina de bautismo, poseedora de muchos libros, que el niño leía con grande afán, gustando más de los que estaban sin hojas al principio o al fin, porque así comenzaba o concluía a su talante las novelas o historias incompletas.

En el colegio había compuesto, en unión de Narciso Campillo, un chiquillo como él, que desde entonces fué su amigo entrañable, un drama disparatado, que representaron él y otros niños de su edad. Este drama, y una novela que no concluyó, fueron las primeras manifestaciones del amor que le inspiraban las letras, y que fortaleció con la lectura de los libros que poseía su madrina. El hermano de su padre, pintor de costumbres como él, le dió lecciones de dibujo y de pintura, que muy bien aprovechó Gustavo; sin embargo, notó la decidida vocación de su sobrino a la literatura, y pensó que sería mejor literato que pintor, en contra de los propósitos de la madrina, la cual imaginaba que más fácilmente vendería cuadros que versos, causando esto el rompimiento entre la buena señora y su ahijado, que al lado de ella vivía decorosamente, y que quedaría desamparado en cuanto dejara su casa. Al fin, con muy pocos dineros, que le dió el pintor su tío, se trasladó a Madrid en galera acelerada, y pudo instalarse muy humildemente en una pensión de seis reales.

En la corte fueron la pobreza y la tristeza sus inseparables compañeras. Sus primeros paseos por las calles madrileñas, con otro mozo que había conocido en Sevilla, Julio Nombela, le desanimaron sobremanera al no encontrar monumentos artísticos como los de su ciudad natal; pero le consoló el pensar que la vida intelectual de España estaba en la corte y que en ella podría encontrar gloria, dinero y ventura. Diez y ocho años tenía entonces Tan temprano habían comenzado para él las asperezas de la vida.

Gustavo era soñador; su imaginación vestía con las más ricas galas aun las mismas pobrezas y angustias que le afligían. Como si no tuviera ojos para mirarlas, ni corazón para padecerlas, se elevaba sobre ellas hacia un mundo en el que la fantasía desarrollaba cuadros brillantes, paisajes magníficos, salones maravillosos, por los que discurrían damas y galanes y guerreros y pajes de otras remotas edades.

Vivía en constante ensueño; en su cerebro y en su corazón, sin dar importancia a las prosaicas ne-

cesidades del vivir, su alma volaba hacia regiones de infinita belleza y claridad, muy ajenas a las miserias de la tierra. Gustaba de la soledad, que él llenaba de seres y de sentimientos que formaban un mundo en el que se hallaba satisfecho.

Decía Rodríguez Correa que Gustavo era un ángel. Jamás le oyó hablar mal de nadie, ni quejarse de sus desventuras ni de sus dolores físicos. Sus penas las lloraba hacia dentro, y se resignaba mansamente a su triste suerte. Aún no había salido de Sevilla, cuando tuvo ocasión de mostrar la delicadeza y generosidad de su espíritu. Acariciando la idea risueña de marchar a Madrid, Narciso Campillo, Julio Nombela y Gustavo hablaban de los medios que precisaban para realizar el ansiado fin. Decidieron llevar siquiera un tomo de poesías compuesto por los tres, seguros de que no faltaría un editor que por él les pagase una buena suma. Poetas los tres chiquillos y con su ilusión puesta en Madrid, ¿qué extraño era que les pareciera racional que les pagasen noventa mil reales a cada uno, ya que, según opinaba Bécquer, daría vergüenza a un editor ofrecerles menos?

Había que hacer las cuentas para saber en qué emplearían ese dinero, tan fácil de lograr en seguida de llegar a Madrid. Tanto de viajes, tanto de comidas, tanto de vestidos, tanto de carruajes, tanto de amores. Total, doscientos diez mil reales. Sobraban sesenta mil de los doscientos setenta mil que imaginaban obtener. ¿En qué se han de gastar?—se preguntaron los tres. Esta pregunta les parecía un problema insoluble. Fué Gustavo el que

de pronto encontró en qué se habían de emplear. Trazó en la parte superior del papel una línea que rezaba: ¡sesenta mil reales, obras de caridad!

«Después de tan generoso impulso, que es el mejor retrato moral de Gustavo, y contentos los tres de aquella generosa inspiración, se separaron satisfechos, resueltos a llevar adelante sus proyectos. Tres pobres, poco menos que de solemnidad, pensando en dar limosnas. Decididamente eran poetas".

Muchos años después, cumplidos ya los ochentas, y rendido al peso de amarguras y desengaños infinitos, me enseñó don Julio Nombela, poco antes de morir, el papel en que escribió Bécquer esas cifras y esos renglones, que en aquellos lejanos días guardó por casualidad y que después lo diputaba muy justamente como inestimable reliquia. Tal fué Bécquer como hombre.

El poeta mostrábase en todos los momentos de su vida y en todas sus actitudes. Paseando, también con Nombela, por las calles de la Flor y de San Bernardo, vieron en un balcón a dos bellísimas señoritas, una de las cuales llamó muy poderosamente la atención de Gustavo. Durante sus paseos de otras tardes siempre procuró pasar frente a esos balcones, contemplando muy discretamente, pero con vehemencia que no se ocultaba a Nombela, aquella preciosa mujercita. Nombela tuvo ocasión de tratar a una familia muy allegada a ella, e intentó que se conocieran ambos; pero Gustavo se opuso firmemente y prefirió que no saliera a sus labios la adoración que ya sentía en su pecho por aquella gentil damita que fué la musa inspiradora, sin sospechar-

lo siquiera, de las rimas del poeta. Ni aun su nombre, Julia Espín y Guillén, se atrevía a pronunciar, temeroso de mancharlo con algo que no fuera purísima ideal adoración.

Un amigo de Gustavo había obtenido para él un empleo de tres mil reales en la Dirección de Bienes Nacionales. Bécquer se entretenía muchas veces en hacer dibujos, muchos de los cuales iban de mano en mano, admirados y disputados por sus compañeros. Un día entró el director a la oficina. Bécquer estaba entregado a sus tareas. Le rodeaban aquéllos, y el director se unió al grupo, y después de observar atentamente aquel tan raro expediente, preguntó a Gustavo, que seguía dibujando:

—¿Qué es esto?

Y Gustavo, sin moverse, y señalando sus muñecos, respondió tranquilamente:

—Psch, ésta es Ofelia, que va deshojando su corona; este tío es un sepulturero; más allá...

En esto observó Bécquer que todo el mundo se había puesto en pie y que el silencio era general. El director entonces dijo:

—Aquí hay uno que sobra.

Y así fué, le declararon cesante aquel mismo día.

Se alegró Gustavo, pues su alma delicada, a pesar de la repugnancia que le inspiraban los destinos del Estado, le aceptó por no desairar al amigo que se lo había proporcionado. ¡Con cuánta verdad decía Isidoro Fernández Flórez que los que habían conocido a Gustavo Adolfo Bécquer no podían olvidar al amigo; pero los que han leído sus poesías no pueden olvidar al poeta!

Bécquer había soñado una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación, y la realidad de su vida era una constante oposición a sus sueños; cada escrito suyo representaba o una necesidad material o el pago de una receta. ¡Cuántas tempestades silenciosas no pasarían por su frente; cuántas ilusiones no se secarían en su alma y a cuántas historias de poesía no les habría hallado una vulgaridad en su último capítulo! ¡Pobre Gustavo, que no oyó sonar en sus oídos, como él hubiera querido, las palabras amor, gloria, poesía!...

Una noche de diciembre, fría y desapacible, esperaban para ir a sus casas Julio Nombela y Gustavo, en una calle del entonces naciente barrio de Salamanca, el ómnibus, único vehículo que circulaba por allí. Al llegar éste a la parada, advirtieron que todos los asientos estaban ocupados y sólo había libres tres o cuatro en la imperial. Nombela aconsejó a Gustavo que siguieran el camino a pie, charlando para así soportar mejor la temperatura glacial que se sentía. No quiso Gustavo, y prefirió subir a la imperial. Apenas hablaron; el frío intenso les obligó a esconder la cabeza en los gabanes. Al llegar a la esquina de Jorge Juan y Claudio Coello se apearon tiritando y, despidiéndose, se marchó cada uno a su casa. Ambos cayeron enfermos; pero Nombela se alivió pronto. Atacado Gustavo de fiebre infecciosa, que no pudo ya resistir, a los pocos días se apagó su vida azarosa y amarga, y el

alma suya, delicada y bondadosa, volvió a su Dios que la creó.

Era entonces una época crítica y tormentosa para España. La turbulenta regencia del general Serrano, herencia de la revolución que destronó a Isabel II, durante la cual se había luchado encarnizadamente en favor de los distintos candidatos al trono, tenía ya sus días contados; levantados en armas carlistas, socialistas y federales, se derramaba estérilmente sangre española; y fuera de la Península, potente insurrección en las Antillas exigía el envío de miles y miles de soldados para sofocarla; por todo ello, inquietos y preocupados los madrileños, ¿quién había de notar que se moría un poeta, un hombre que hacía versos, cosa tenida por muchos como inútil y aun perjudicial en la república? Y ¿quién, aparte el pequeño grupo de amigos cariñosos del poeta muerto, había de prestar atención al pobre cortejo que salía de una casa modesta de solitaria calle, la de Claudio Coello, del lejano barrio de la Concepción, en las afueras, entonces, de la villa y corte?

¿Quién, en fin, al otro día, había escrito Bécquer, en una de sus más inspiradas y melancólicas rimas,

¿quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo
quién se acordará?

A la Sacramental de San Lorenzo llevaron sus pocos amigos los restos de Gustavo y los dejaron junto a los de Valeriano, el amado hermano, con quien había compartido en vida su exhausto bolsillo, sus esperanzas, sus muchas penas, sus cortísimas alegrías, su pobre habitación, y cuya muerte, tres meses antes, parecía haber precipitado la suya, arrebatándole la última ilusión de su entristecida vida, y con quien iba a compartir en aquel fúnebre recinto la soledad y la tristeza del cementerio, y más allá, en el no ser, los hondos misterios de la eternidad.

Del último asilo,
obscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo;
allí le acostaron,
tapiáronlo luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

En la misma semana, en la calle del Turco, caía destrozado por las balas asesinas de Paul y Angulo el general Prim; y a los pocos días, todavía bajo la tremenda impresión de la tragedia, el pueblo de Madrid veía, conmovido y curioso, pasar gallardamente por las calles de la corte, camino del Real Palacio, en brillante desfile, entristecido por la sombra del valerosísimo caudillo de Africa, al nuevo Monarca, el *Re galantuomo*, solo, a caballo, a largo trecho de sus tropas, mostrando serenamente el recio temple de su alma, incapaz de temblar ante el peligro de las armas regicidas, y que había venido a España de luengas y extranjeras tierras, como el César imperial Carlos I de Alemania y como Felipe de Anjou, a ceñir en sus sienes la regia corona del Santo Rey Don Fernando III de Castilla.

En Madrid palpitaba, esplendorosa, la vida; nue-

va era comenzaba en los destinos de España. Allá en el cementerio de San Lorenzo, más abajo de la puente de Toledo,

¡qué solos, qué tristes,
quedaban los muertos!...

La pobreza en que el poeta había vivido le hizo llegar obscuro y desconocido a los umbrales de la muerte; y los hijos de su fantasía, que dormían acurrucados y desnudos en los rincones de su cerebro, esperando en silencio que el arte los vistiera de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo, hubiéranse perdido sin que nadie los conociera, si Bécquer no hubiera tenido amigos cariñosos que le admiraban sinceramente, algunos de los cuales tanto simpatizaron con él, que se habían unido casi desde niños sus vidas y sus almas.

Esos amigos de Gustavo, que habían leído mil veces las *Rimas* y que conocían todos sus escritos dispersos en todos los periódicos de entonces, idearon, hondamente conmovidos, darlos a conocer a sus contemporáneos, seguros de que, conociéndolos, habían de admirarlos, y habían de admirar y amar al poeta que dejó en su poesía y en su prosa tan magnífico tesoro de suspiros y de risas, de colores y de notas, de perfumes y armonías.

Augusto Ferrán, el poeta de los cantares, que tenía coleccionado mucho de lo que hubo escrito Bécquer; Narciso Campillo, que vigiló amorosamente la impresión del libro; Casado del Alisal,

que había hecho un dibujo de Gustavo en su lecho de muerte; el ministro D. Manuel Silvela, que había de allegar los elementos que le permitía su alta condición oficial; Julio Nombela, que le quería entrañablemente; Ramón Rodríguez Correa, que escribió el hermosísimo prólogo, todos, unidos cordialmente en el amor y la admiración al excelso poeta, llamaron a la puerta de príncipes y de artistas, de ricos y de pobres, de aldeanos y de mercaderes, y todos, generosos y desprendidos, dieron su oro para el libro del poeta. Y ese libro, que compendiaba la vida de Bécquer, se hizo merced a la devoción de los fieles amigos y a la caridad de muy buenísimas gentes, que así salvaron del olvido tan preciadas obras. Y fué leído y admirado; y los versos divinos de Bécquer, versos de ternura, de amor, de sentimiento, corrieron de boca en boca, de alma en alma, y humedecieron muchos ojos y estremecieron muchos corazones, y el nombre del poeta, circundado de radiante aureola, fué gloria de Sevilla, gloria de España y admiración de extraños pueblos.

Un día, pasados muchos años, dos poetas, nacidos en la hermosa región andaluza, de la que es el mejor y más preciado tesoro la bella ciudad que riega el Guadalquivir, la ciudad de los azahares y jazmines, donde la moruna Giralda se levanta gallarda, airosa, altiva, dos ingenios de alma noble y generosa advirtieron que ese divino poeta no tenía en su patria un recuerdo que a todos hablara de su gloria; y entonces concibieron el pensamiento de elevar en tierra sevillana, cerca del río a cuya ori-

lla soñó el poeta dormir el sueño de oro de la inmortalidad, el recuerdo que echaron de menos...

No pensaron en buscar oro entre generosas gentes de su tiempo, como antaño hicieron los amigos de Bécquer, para dar a luz sus rimas y su prosa; pensaron hacer oro, sí; pero hacerle con la poesía que llevan en su alma sevillana, ofreciendo así el mejor homenaje a la memoria del poeta del amor. Glosaron con sutil ingenio una de sus rimas, una que no morirá jamás, porque siempre ha de vestir el Sol de fuego y oro las desgarradas nubes; porque eternamente hemos de sentir el ansia de penetrar en el misterio de la vida, y eternamente habrá suspiros de amor, y hemos de sentir que se nos alegra el alma sin que los labios rían, y hemos de llevar dentro del pecho esperanzas y recuerdos, y siempre habrá ojos que reflejen los ojos que los miren, y ha de responder el labio suspirando al labio que suspire, y mientras el mundo exista han de sentirse en un beso dos almas confundidas, y eternamente ha de haber hermosura en la mujer para que la vida tenga hechizos y encantos.

A esa rima le dieron un soplo de vida, la perfumaron con el aroma dulcísimo de la poesía que puso Bécquer en sus versos; y así nació, como las flores en los campos, *La Rima Eterna*, homenaje de amor y de poesía, consagrado por las nobles almas de los Quintero al poeta sevillano. La voz entusiasta de los dos hermanos poetas que llamaba a todos para glorificar la memoria de Bécquer "halló prontamente eco de simpatía en el corazón de los españoles, y al punto se vió el halda de la Ensoñadora, su mensajera ideal, llena de monedas derramadas en ella por manos generosas, desde la tosca y dura de quien tuvo que dejar la azada para entregar su ofrenda", hasta las augustas y finas de una gentil princesa, de lejanas tierras venida, que en sus ojos tiene la luz, en su persona el perfume, el color y la línea, y en su rostro la expresión, fuente eterna de poesía; princesa bella como la ilusión, que, si por ley de los hombres reina en el trono de Isabel, es por ley del amor reina de los corazones españoles; la cual, por admiración al alto poeta, trovador del ensueño, que llevaba en el alma la canción que va forjando la vida y va rimando el dolor, quiso honrarle, y para más enaltecer su gloria, le llevaron sus manos rosas, rosas finas por su aroma suave, puras por su color, de tal manera lindas, que no acertara a distinguir, quien vió juntas rosas y manos, en dónde acababan las manos y donde empezaban las flores...

Juntas cayeron en el halda de la Ensoñadora las ofrendas de los reyes y las del pueblo. Sólo el amor, según poética expresión de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, es capaz de conseguir victorias tales, y acaso nada como la poesía que las merezca.

De tan gallardo modo, los dos ingenios tan reciamente sevillanos y tan hondamente españoles, que han cantado la alegría del vivir y que saben reflejar con singular donaire las costumbres de la riente Andalucía, "lograron rematar la empresa, que a muchos pudo parecer quijotesca aventura, de levantar a orillas del claro Guadalquivir un monu-

mento, bello conjunto de mármoles y bronces, sobre los cuales cantan los pájaros y brilla el sol, que ha de perpetuar la fama de Gustavo Adolfo Bécquer."

Impulsada por el noble ejemplo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, la Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordó que reposaran los restos de los hermanos Bécquer en el seno amoroso de la misma ciudad que los vió nacer, para hacer verdadero el sueño de Gustavo de dormir eternamente a la orilla del Betis, no lejos del punto adonde había ido tantas veces a oir el suave murmullo de sus ondas.

Tantos años corrieron desde aquel día invernal en que los amigos que amaron a Bécquer le habían dejado en el solitario cementerio, que ya ninguno de ellos vivía.

Amigos también eran de Gustavo y de su hermano, aun no habiendo conocido sino en sus poesías y leyendas al poeta y en sus dibujos a Valeriano, y por unos y por otras los amaban y admiraban, unos hombres de corazón, que cumpliendo el encargo de los sevillanos llegaron una mañana de abril a turbar momentánea y piadosamente el sueño del sepulcro. Eran, ¿cómo no?, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, cuyos insignes nombres irán por siempre unidos al nombre excelso del poeta, y también D. Francisco Rodríguez Marín, y el Conde de Casa Segovia, y Cándamo, y Blanco Belmonte, y Enrique de Mesa, y Diego San José.

Unas mujeres, seguramente lectoras fervorosas de las Rimas, acudieron asimismo a presenciar la

triste escena de exhumar los preciados restos. Cuando fueron abiertas las cajas guardadoras de ellos, una de esas mujeres, acaso una enamorada que halló en los cantares de Gustavo un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, echó unos claveles sobre los huesos de Gustavo contemplándolos un instante con tierna emoción, y entonces Rodríguez Marín, de alma sutil, bondadosa y justiciera, tomó una parte de las fragantes flores y las colocó suavemente en la cajita que encerraba los restos de Valeriano. Si el espíritu de Gustavo pudo ver desde la eternidad el delicado rasgo de Rodríguez Marín, ¡qué dulce impresión no le habrá causado!

Al llegar a Sevilla las dos cajas fueron depositadas en la parroquia de San Vicente y en su capilla de la Hermandad de las Siete Palabras; y de allí, con gran pompa y acompañamiento de todo género de gentes, desde los personajes oficiales y elevados, hasta los más humildes del pueblo, que todos quisieron honrar la memoria de aquellos sevillanos, de cuyo nombre se enorgullece la hermosa ciudad de la Giralda, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, fueron llevados a la antigua iglesia de la Universidad, en cuya cripta quedaron ya para siempre enterrados los dos hermanos artistas...

Corrieron los años, y mi suerte venturosa me trajo otra vez a España, y volví a Sevilla, feliz y

alborozado de hallarme nuevamente en ella. Ansia tenía yo de visitar la iglesia de la Universidad y de contemplar en el bello parque, orgullo de los sevillanos, el monumento de Bécquer. Por la puerta que da a la calle de Laraña, con hermosa portada greco-romana, entré al templo que guarda las cenizas de los dos hermanos Bécquer.

¡Cuántas veces Gustavo, después de haber discurrido por las anchurosas naves de algunas de nuestras inmensas catedrales góticas o de haberle sorprendido la noche en uno de esos imponentes y serenos claustros de nuestras históricas abadías, pensó encontrar la paz del sepulcro en el fondo de uno de esos claustros santos donde vive el eterno silencio y al que los siglos prestan su majestad y su color misterioso e indefinible! ¿Y qué mejor sitio para tornar realidad la fantasía del poeta que esa hermosa iglesia, bajo cuyas bóvedas sólo se oyen los gemidos del aire extendiéndose de eco en eco y entre cuyas arcadas tienen su sepultura bizarros caballeros y gentiles damas, hermosas aun en la muerte, que duermen sobre sus urnas de mármol?

Digna tumba es la iglesia del glorioso poeta que tenía la mente poblada de fantasías y de ensueños y que llenó sus leyendas de guerreros y de gnomos, de reyes y pastores, de princesas y de hadas. Allí le hacen eterna compañía D. Francisco Duarte de Mendicoa, varón clarísimo, general de las armadas y ejércitos, que hizo bien a muchos, mal a ninguno, y Doña Catalina de Alcocer, su mujer; y el esforzadísimo y prudentísimo D. Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de la Orden de Caballería de Santiago y fundador del convento de dicha Orden; y D. Benito Arias Montano, varón incomparable, doctor teólogo; y el adelantado D. Pedro Enríquez de Rivera, que mandó construir, al volver de un viaje a Jerusalén, la casa de Pilatos, reproducción fiel de la que ocupaba en la capital de Judea el pretor romano Poncio Pilatos, y su esposa Doña Catalina; y, finalmente, el Sr. D. Perafán de Ribera, duque de Alcalá, marqués de Tarifa, conde de los Molares, adelantado mayor de Andalucía y visorrey de Nápoles. Todos ellos duermen allí su postrer sueño desde el siglo XVI, y desde entonces han esperado al poeta Bécquer, en esa iglesia que trazó un jesuíta, el P. Bartolomé Bustamante. ¡Digna tumba del poeta es, en verdad, la iglesia de la Universidad!

¡Qué hermoso estaba aquella tarde el parque de María Luisa! El agua cristalina que saltaba de los surtidores de las fuentes de cerámica de la Cartuja o jugueteando con alegre murmullo corría por los caños de azulejos; los árboles, cuyas verdes hojas movía el aire con un rumor dulcísimo; las lozanas flores, de mil pintados colores y de aroma suave y grato que embalsamaba el ambiente; el sol, que lanzaba sus rayos de oro encendiendo el ocaso y arrebolando las nubes; todo era un encanto para mis ojos, que ansiaban contemplar a un tiempo tantos primores, y un deleite para mi espíritu, cautivo y extasiado ante esos deliciosos jardines, de maravilla tal, que un instante me quedé parado, dudando si aquello lo tenía ante mi vista o lo estaba soñando mi mente.

Caminaba a la ventura, sin querer ir derechamente al bello paraje en el que se levanta el monumento de Bécquer. Deseaba, sin buscarle, encontrarle, bien al salir de una callecilla de árboles, o al topar con un espeso muro de follaje, o detrás de unas tupidas ramas de camelias o naranjos. Y así fué; "cobijado por gigantesco árbol, bóveda de un templo de la naturaleza, bajo cuyas ramas, majestuosas y tiernas a la vez, llenas de hojas que parecen lágrimas cuajadas en verdura como expresiva representación y símbolo de lo que fué en la vida perenne estímulo del estro de nuestro gran poeta, se ve nacer el amor y se le ve morir", apareció de pronto el bello monumento que esculpió prodigiosamente el cincel genial de Coullaut Valera. Contemplándole, sentí ante él, una vez más y más vivamente, renovarse en mi pecho el amor que tuve a Bécquer desde que sus versos embelesaron mi espíritu y sus leyendas deslumbraron mi imaginación.

Allí me ocurrió pensar que la poesía de la Rima Eterna que palpita en el ambiente de la primorosa, poética ficción de los Quintero, poblado de encantos por la Ensoñadora que aprendió a leer en el libro de Bécquer que olvidó en el Valle un viajero desconocido y misterioso; la poesía que embellece el amor que deshace el cielo en rayos de oro, es la poesía que palpita en derredor del monumento dedicado a Bécquer y erigido en uno de los más bellos sitios del hermoso parque.

Allí imaginé que cuando el sol besa las nubes en Occidente y de púrpura y oro las matiza, y las amorosas ramas del árbol dan sombra a la frente del poeta, y ansiosas de llegar a besarla, trepan rosas y campanillas azules por el tronco robusto, y los pájaros cantan la gloria del divino artista, debe de flotar, en torno de aquel paraje delicioso, su alma, agradecida a los poetas que con elevado pensamiento lograron llevar otra vez el nombre de Bécquer a todos los labios, y sus versos a todos los corazones. Asimismo, pensé que los viajeros que atraídos por la magia de la sin par Sevilla llegan hasta allí, sienten, seguramente, la dulce emoción de ver glorificado en mármoles y bronces al poeta de las golondrinas.

Esa emoción la había yo sentido cuando oí sobre el tablado, algunos años atrás, la tiernísima comedia de los dos hermanos poetas, reflejadas en ella, con aromas de poesía, las páginas del libro de Bécquer que con cariño y devoción glosaron tan admirablemente y le dieron vida y alma, el alma tierna y dulce del que ideó las Rimas. Y allí volví a sentirla cuando logré contemplar, plasmados en mármol, los rasgos fisonómicos del poeta, aquella cara, toda bondad y resignación, fiel espejo de su alma noble y bella, delicada y sensible. ¡Ya la perla de Andalucía no estaba en deuda con el poeta! Complacido y satisfecho encaminé mis pasos a Sevilla. Era la hora en que el Guadalquivir copia, temblando, el horizonte de fuego, la árabe torre y los muros romanos de la hermosa ciudad; otra vez el fragante aroma de las flores, la belleza de los jardines, la maravilla de las parleras fuentes, la magnificencia de las plazas y pabellones que parecen construídos por alarifes

venidos de Oriente, me tenían arrobado en tanto que iba por senderos misteriosos y paseos muy bellos en busca de las puertas de salida. No dí con ellas; me había extraviado yendo al azar por aquellos floridos contornos, y cuando después de buscarlas, de uno a otro lado, siempre admirando nuevos y no esperados encantos, acerté a encontrarlas, estaban cerradas. Acaso los guardas del parque se habían marchado seguros de no dejar en él más que flores que esmaltaban los prados, agua que murmuraba en los regatos y pájaros que dormirían ya en las ramas de los árboles frondosos. Tal contratiempo no me contrarió, antes me regocijó. La idea de pasar en aquellos amenos y deliciosos jardines, solo, enteramente solo, una noche de primavera, templada, llena de perfumes y de rumores apacibles y con una luna blanca y serena, en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente, me pareció de perlas. En resolución: que alborozado como mi señor el valeroso hidalgo Don Quijote de la Mancha, la noche en que veló las armas en el corral de la venta para que el ventero le armase caballero, volví a entrarme por aquellos senderos y aquellos paseos, agradecido a la venturosa casualidad que allí me dejaba gratamente encerrado hasta que alboreara el nuevo día.

Enfrente al monumento de Bécquer, un estante con los libros en que están impresas las obras del poeta, me ofrecía ocasión singularísima de leerlas, dejando escapar mi imaginación en vuelos quiméricos, sugestionado por el sitio y por la hora. Ya había cerrado la noche, pero "con tanta claridad de

la luna que podía competir con el que se la prestaba", de manera que distinguía yo claramente las letras en las páginas del libro, alumbradas misteriosamente por aquellos rayos plateados que llegaban a besar el árbol en torno del cual se eleva el monumento.

Todo en el parque parecía a mi alrededor sumido en profunda calma. Poco a poco, y bien fuese que la misteriosa embriaguez de las altas horas de la noche, que pesan de una manera tan particular sobre el espíritu, bien que el lejano murmullo del agua, el penetrante aroma de las flores y las caricias del viento tibio comunicaran a mis sentidos el dulce sopor en que parecía estar impregnado el ambiente, comencé a sentir que mis pensamientos tomaban formas leves e indecisas.

En las ráfagas del aire, y confundido con los leves rumores de la noche, creí percibir un rumor de voces dulces y misteriosas que hablaban, rezaban o cantaban, formando una algarabía tan ruidosa y confusa como la de los pájaros que despiertan al primer rayo de sol entre las frondas de una alameda.

Cuando, al fin, los suaves resplandores del alba las ahuyentaron, y en el cielo se apagaron los luceros y el pálido astro protector de los misterios y los amores escondió sus plateados rayos, cerré el libro en que cuenta el poeta sus leyendas y se queja en sus rimas.

Aun sin romperse el encanto que fascinaba mis sentidos, me dí a pensar en las tristezas y dolores del poeta, manantiales de su inspiración y de la

gloria que hizo irradiar sobre su patria; pensé que no se extingue el ingenio en el país del sol, en esta hermosa España que idolatra ciegamente el alma mía; me acordé que de esa Andalucía, de cielo azul purísimo de zafir y sol ardiente y ríos que arrastran arenillas de oro y mujeres de gracia y hermosura y gentileza incomparables, habían salido las naves que habían de hacer surgir un mundo; y asimismo pensé en tantos hombres de esta tierra bendita, que en alas de un ensueño la han ennoblecido, y en pos de un ideal de gloria y de amor a la Patria han regado con su sangre generosa todos los campos y todas las aguas del planeta.

Y entonces, en aquella aurora inolvidable, cuya delicia aún saboreo, y con el alma conmovida y húmedos los ojos, me dije, imitando la rima del maravilloso poeta:

Mientras viva en el mundo nuestra España,
¡habrá poesía!

Este librillo intitulado
Bécquer, el poeta del amor y del dolor, se estampó en la noble villa de las Siete Estrellas, por el impresor Juan Pueyo, mes de junio MCMXXVII.

LAUS DEO

500 —

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD